

Consejo Pontificio para la Pastoral de los Migrantes e Itinerantes

XXII Congreso Mundial del Apostolado del Mar

Presentación del Congreso

Arzobispo Agostino Marchetto
Secretario del Consejo Pontificio

(Gdynia, Polonia, 25 de junio de 2007)

Introducción

Desde el alba de la humanidad y de la civilización, los hombres y mujeres han sentido fascinación por el mar y los océanos, y por los barcos que navegan por ellos. Esta fascinación ha animado a las personas a desarrollar barcos cada vez más poderosos y nuevas técnicas de navegación para explorar los océanos, los ríos y los lagos, extendiendo cada vez más lejos las fronteras inexploradas. Durante siglos han luchado por dominar los océanos, por hallar su camino hacia nuevas tierras y continentes, y utilizarlos en beneficio de la humanidad. Estas exploraciones representan una de las mayores aventuras y logros heroicos de la humanidad, y todavía no han concluido. Hoy día, aunque ha progresado drásticamente la exploración de las profundidades marinas, la mayor parte de las profundidades oceánicas siguen siendo un misterio para nosotros.

Los océanos, los ríos y los lagos son también de vital importancia para el bienestar y el desarrollo sostenible de la humanidad, y para su economía global. En la actualidad, el noventa por ciento del comercio mundial se realiza por mar, y millones de marinos visitan nuestros puertos en todo el mundo. La pesca ha sido siempre y sigue siendo una importante fuente de alimentación para la humanidad y uno de los principales proveedores de empleo. El crecimiento extraordinario de la industria del crucero aporta una nueva dimensión al turismo y a las actividades de ocio. Cada año la navegación a vela y la navegación de recreo/competición incrementan su popularidad, y cuentan ya con millones de adeptos.

La misión del A.M. se dirige a todos los marinos que llegan a nuestras costas – independientemente de su credo o nacionalidad – para ofrecerles ayuda pastoral, y por marinos entendemos aquellos que se encuentran en barcos mercantes o de pesca, y también todos aquellos que por cualquier motivo han emprendido un viaje por mar.

El nuestro es un cuidado pastoral específico ¿Por qué? La Constitución Apostólica *Pastor Bonus*, del Papa Juan Pablo II proporciona la respuesta: “El Consejo proyecta la solicitud pastoral de la Iglesia sobre las peculiares necesidades de los que se vean obligados a dejar su patria o carezcan totalmente de ella... Fomenta igualmente en las mismas Iglesias la solicitud pastoral en favor de los marinos, tanto en el mar como en los puertos, sobre todo por medio de la Obra del Apostolado del Mar”.

El tema de nuestro Congreso

Este Apostolado posee por supuesto, algunas raíces y expresiones fundamentales y tradicionales, aunque también debe adaptarse constantemente a las necesidades de la humanidad contemporánea. Por otra parte, esto es lo que ha hecho el Concilio Ecuménico Vaticano Segundo, de ser correctamente interpretado. De ahí la importancia de embarcarnos cada cinco años en esta empresa de notable importancia para el buen y fiel funcionamiento del A.M. Durante esta semana, nuestra tarea será la de repasar juntos nuestra pastoral de asistencia a la luz de la Enseñanza de la Iglesia, la cual interpreta los signos de los tiempos, la de apoyar y animar el actual Apostolado en todo el mundo, y la de formular nuestra visión y nuestros futuros planes para los años venideros. Para guiarnos en este ejercicio, a raíz de una larga reflexión y de una consultación la más amplia posible, hemos elegido como tema *En solidaridad con la Gente del Mar, testigos de esperanza por la Palabra de Dios, la Liturgia y la Diaconía*. Este tema también se inspira en la Carta de Pedro (1 Pd 3, 15-17): “*Estad siempre preparados para responder a cualquiera que os pida razón de la esperanza que tenéis, pero hacedlo con humildad y respeto. Portaos de tal modo que tengáis tranquila la conciencia*”.

Durante esta semana debemos esforzarnos para que sea explícito y se confirme nuestra convicción que el A.M. expresa uno de los aspectos esenciales de la Iglesia, al ser “Testigo de Esperanza”, y concretamente para nosotros en el mundo marítimo, teniendo presente la enseñanza del Papa Benedicto XVI en su Encíclica “*Deus Caritas Est*”. Esta es que: “*La naturaleza íntima de la Iglesia se expresa en una triple tarea: anuncio de la Palabra de Dios (kerygma-martyria), celebración de los Sacramentos (leiturgia) y servicio de la caridad (diakonia). Son tareas que se implican mutuamente y no pueden separarse una de otra. Para la Iglesia, la caridad no es una especie de actividad de asistencia social que también se podría dejar a otros, sino que pertenece a su naturaleza y es manifestación irrenunciable de su propia esencia*”. Conforme a la enseñanza del Santo Padre y como miembros de la Iglesia nos interrogaremos sobre nuestro actual compromiso, con la triple tarea que constituye la esencia y la especificidad de toda nuestra labor pastoral:

- 1 El lugar de la proclamación de la Palabra de Dios en el A.M.;
- 2 La celebración de los Sacramentos como fuente y “raison d’être” de nuestro cuidado pastoral;
- 3 El servicio, “diakonia”, para todos, especialmente, para los más pobres.

Queremos que este Congreso Mundial sea un tiempo de reflexión, oración y de compartir que elevará nuestros espíritus y renovará nuestro celo apostólico. Como ya he dicho, este Congreso ha sido ideado para ser pastoral. Por supuesto, el cuidado pastoral es holístico, abarca desde la ayuda material y la abogacía, hasta aspectos espirituales o religiosos más específicos, como el ministerio sacramental y la formación y el asesoramiento cristiano. El nuestro será un ejercicio eclesial, el cual se espera proporcione la ocasión para que el A.M. entienda mejor su espiritualidad y los medios necesarios para ofrecer un correcto cuidado pastoral a las personas que está llamado a servir.

Deseo citarles aquí a Albert Camus, para quien la vida es absurda, puesto que la desesperación es el destino común de cada individuo, y esta ausencia de esperanza convierte nuestra existencia en algo carente de sentido. Bien, al concordar por supuesto con Camus que nadie puede vivir una vida significativa sin esperanza, no podemos en cambio aceptar sus conclusiones pesimistas. Por el contrario, la perspectiva y la actitud cristiana hacia el mundo son decididamente optimistas, a pesar

de ser realistas. Es suficiente recordar que la Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual del Concilio Ecuménico Vaticano Segundo comienza con estas maravillosas palabras “Gaudium et Spes” – “Gozo y Esperanza”. Es una clara señal para todos, los seguidores de Cristo son testigos gozosos de Su Buena Noticia y Gracia, y deben estar siempre preparados y ser capaces de asumir la obligación de responder a todos los que piden razón “de la esperanza que tenéis” (1 P 3, 15). Para hacer esto, como cristianos, creemos y proclamamos que la muerte y la resurrección de Cristo han cambiado radicalmente el mundo, y nos permiten experimentar la alegría y la esperanza incluso ante el dolor y la angustia, que forman parte de nuestra vida.

¿Qué es entonces la esperanza cristiana?

Para el Catecismo de la Iglesia Católica: “*La esperanza es ‘el ancla del alma’, segura y firme. La virtud de la esperanza corresponde al anhelo de felicidad puesto por Dios en el corazón de todo hombre; asume las esperanzas que inspiran las actividades de los hombres; las purifica para ordenarlas al Reino de los cielos; protege del desaliento; sostiene en todo desfallecimiento; dilata el corazón en la espera de la bienaventuranza eterna. El impulso de la esperanza preserva del egoísmo y conduce a la dicha de la caridad*”. El ancla es el icono de la esperanza, y esto se refleja en el logotipo de nuestro Congreso. Cada vez que en la vida nos sentimos zarandeados como un barco por ondas violentas en aguas peligrosas, y corremos el riesgo de ir a la deriva, la esperanza, como un ancla, nos permite aferrarnos rápidamente, sin caer en la desesperación, nos permite perseverar y encontrar nuevamente nuestro rumbo, para continuar nuestro camino.

La esperanza se halla en el corazón de la predicación de San Pablo. Puesto que la vida cristiana nace de la fe, se manifiesta a través del amor y de la caridad, y se vive mediante la esperanza. Éstas son las tres virtudes teologales. Para San Pablo, Dios es el fundamento y la razón de toda “esperanza”, el Padre de nuestro Señor Jesucristo, que revela su amor infinito y su fidelidad en la resurrección de Jesús y en la efusión del Espíritu. La “esperanza”, para San Pablo, no es el resultado de razonamiento ni de cálculo humano, de la especulación o del optimismo natural, sino que se basa en una persona, en un evento, que es el fundamento mismo de nuestra fe, proclamado sobre todo durante el tiempo de Pascua: Jesús ha resucitado de entre los muertos y nosotros somos testigos de esta resurrección. Este acontecimiento es tan central que, en su primera epístola a los Corintios, San Pablo no dudó en afirmar que si Cristo no ha resucitado nuestra fe no sirve de nada, no tenemos ninguna esperanza y somos las personas más dignas de compasión “*si Cristo no resucitó, el mensaje que predicamos no sirve de nada, ni tampoco sirve de nada la fe que tenéis... todavía seguís en vuestros pecados*” (1 Co 15, 14-17).

Quizás sea bueno que reflexionemos un momento sobre el episodio de los discípulos de Emaús. La razón por la que los dos discípulos habían perdido toda esperanza y estaban muy tristes y abatidos, es porque no creyeron a las mujeres que habían estado en la tumba por la mañana temprano, y habían regresado anunciando que estaba vacía y que Jesús era vivo. Se sentían terriblemente decepcionados y desanimados porque Jesús no había resucitado de entre los muertos tal y como había prometido que haría, “*nosotros teníamos la esperanza... pero ya han pasado tres días desde entonces*” (Lc 24, 21). Sin embargo, en cuanto reconocieron a Jesús, vivo, en la fracción del pan, cambiaron completamente su actitud y personalidad, y llenos de nuevo fervor y celo apostólico “*se pusieron en camino y regresaron a Jerusalén*” (Lc 24, 33), donde informaron a los Apóstoles con entusiasmo que Jesús estaba vivo y que

lo habían reconocido cuando partió el pan. Asimismo, es necesario observar que en los Evangelios ningún encuentro con Jesús deja indiferente, al contrario para muchos provoca cambios radicales en las personas.

Como “Personas en Movimiento”, es interesante notar que al comentar este pasaje, San Agustín escribe que si queremos compartir “la vida” con Jesús, como los discípulos de Emaús, es en la acogida del forastero que reconoceremos al Maestro, y por lo tanto compartiremos Su vida.

Como San Pablo y los discípulos de Emaús, nuestra esperanza está arraigada también en nuestra fe en el misterio Pascual, en el hecho que Cristo ha resucitado de entre los muertos y que a través de su pasión y resurrección ha triunfado sobre el mal y la muerte, y ha dado sentido a la vida. El Señor resucitado es la piedra básica de nuestra esperanza; su resurrección abre nuestros corazones al espíritu de esperanza. En este momento, el testimonio que el mundo espera de nosotros es, puesto que Jesús ha vencido el mal, el pecado, el odio, la injusticia, la violencia y la muerte, éstos ya no son calamidades. Aunque somos conscientes de nuestra debilidad y vulnerabilidad, de nuestros pecados y muerte, nos consuela la esperanza que siguiendo los pasos de Jesús, tendremos parte, en última instancia, en la victoria de Jesús, aunque antes debamos pasar por pruebas, sufrimientos y muerte. Para nosotros los cristianos, nuestra esperanza posee un nombre, Jesucristo: “*Cristo Jesús, nuestra esperanza*” (1 Ti 1, 1). Sufriendo su pasión y resucitando de entre los muertos, Jesús da sentido a nuestros sufrimientos y a nuestra muerte.

La virtud de la esperanza es un regalo divino, al igual que las otras dos virtudes teologales, la fe y la caridad. Estas virtudes son la expresión concreta del amor y de la preocupación de Dios por cada uno de nosotros. En cuanto a la esperanza, Dios se nos manifiesta a través de ella cuando somos más débiles y vulnerables. De hecho, su objetivo es la realización de nuestra salvación, prometida y originada por Cristo nuestro Salvador. Dar testimonio de la esperanza significa, en definitiva, dar testimonio de la persona de Jesucristo, que es nuestra esperanza y salvación, y la Buena Noticia es que independientemente de las circunstancias, Jesús nos conducirá siempre a la libertad y a la salvación. En la persona de Jesús se realiza la profecía del libro de Isaías “*y las naciones pondrán en él su esperanza*” (Mt 12, 21).

Además, la esperanza es un bien frágil y raro, y su llama es a menudo débil, incluso en los corazones de los fieles. Charles Péguy escribió: “La pequeña esperanza avanza entre sus dos hermanas mayores [la fe y la caridad] y no se la toma en cuenta. Puesto que es casi invisible, parece que son las dos mayores las que arrastran a la hermana ‘pequeña’ de la mano, pero con su corazón de niña, ve lo que las otras hermanas no logran ver. Y con su alegría fresca, inocente, trae consigo la fe y el amor en la mañana de Pascua. Ella, esa pequeña, arrastra todo”. Si la esperanza está presente en el corazón de cada cristiano, el Señor crucificado resucitado es el nombre de la esperanza. “La esperanza, una relación”, es lo que leímos recientemente en una revista italiana. Es tarea del testigo cristiano ver, encontrar y comunicar con el Señor resucitado, del cual se han hecho también eco poetas y escritores .

La comunión y la misión, nuestra y de la Iglesia son los dos nombres de un mismo encuentro que presenta el rostro paternal de Dios y la vida fraternal del hombre con la solidaridad. Cualquier persona que desea profundizar este tema podría hacerlo siguiendo el sendero trazado por la reflexión de la Asamblea eclesial de Verona, en Italia, donde se presentan la fuente, la raíz, la iniciativa y el ejercicio del testimonio. Aquí sólo mencionaré el título “las figuras de la esperanza: la contemplación y el compromiso”.

Como sabrán, la esperanza y el dar testimonio están intrínsecamente unidos.

Es nuestro deber proclamar y compartir con alegría aquello que creemos y esperamos, aquello que hemos experimentado personalmente. En términos prácticos, ser “testigos de la esperanza” significa renovar constantemente nuestra lectura, a la luz del misterio pascual, de los acontecimientos de nuestro tiempo, y testificar a través de toda nuestra vida que el mal, la muerte, la explotación y la injusticia no prevalecerán, al contrario, la bondad, la vida y la honradez tendrán la última palabra. Es creer que Dios es para nosotros, está con nosotros y nunca contra nosotros. San Pablo afirma inexorablemente que Cristo vive en nosotros y que tendremos parte con Él en Su gloria: *“Y si el Espíritu de aquel que resucitó a Jesús vive en vosotros, el mismo que resucitó a Cristo dará nueva vida a vuestros cuerpos mortales...”* (Ro 8, 11).

Como hemos visto, la fuente de la esperanza cristiana se halla en el testimonio de Cristo resucitado, de modo que *“la resurrección anticipa y garantiza a la vez nuestra esperanza”*. Todos estamos llamados a anunciar y a dar testimonio de la resurrección al mundo, juntos, como una familia en la que existen diferentes funciones (obispos, sacerdotes, diáconos, hombres y mujeres religiosos, laicos). Cada cual, en su propia misión, debe ser signo visible de la presencia invisible de Cristo en el mundo. El Papa Benedicto XVI, durante la Jornada Mundial de la Juventud en Colonia, insistió en que la comunión de los fieles entre sí y con sus pastores está estrechamente vinculada con la labor de la evangelización: *“Es importante conservar la comunión con el Papa y con los Obispos. Son ellos los que garantizan que no se están buscando senderos particulares, sino que a su vez se está viviendo en aquella gran familia de Dios que el Señor ha fundado con los doce Apóstoles”*. Podemos encontrar aquí la naturaleza orgánica, jerárquica, de nuestro Apostolado, la función de los Obispos Promotores, el nombramiento de los Coordinadores Regionales efectuado por nuestro Consejo Pontificio, cuyas funciones van más allá de las fronteras nacionales. Aquí podemos encontrar el fundamento del papel del “A.M. Internacional”, como parte del Consejo Pontificio para la Pastoral de los Migrantes e Itinerantes, para cuestiones que son por naturaleza y método “universales”, que van más allá de las fronteras nacionales, de las Iglesias locales.

Sin embargo, nuestro testimonio debe permanecer siempre humilde y altruista, dentro y fuera del A.M.: *“responded a cualquiera que os pida razón de la esperanza que tenéis, pero hacedlo con humildad y respeto”* nos exhorta San Pedro. Con este propósito también nos lo recuerda la palabra del Papa Pablo VI: *“El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan, o si escuchan a los que enseñan, es porque dan testimonio”*.

Un testimonio, creíble y verdadero, debe siempre ser solidario con las personas a las que ha sido enviado, para que pueda tener la empatía que le permita comprender correctamente los acontecimientos y responder a sus interrogantes. Volvamos nuevamente al último Concilio Ecuménico cuando se afirma que: *“es deber permanente de la Iglesia escrutar a fondo los signos de la época e interpretarlos a la luz del Evangelio... responder a los perennes interrogantes de la humanidad sobre el sentido de la vida presente y de la vida futura... Es necesario por ello conocer y comprender el mundo en que vivimos, sus esperanzas, sus aspiraciones y el sesgo dramático que con frecuencia le caracteriza”* (G.S. 4).

El contexto en el que estamos llamados a dar testimonio como A.M. (que es también la práctica de la esperanza en los diferentes aspectos de nuestra vida), sigue siendo hoy día uno de los más difíciles, exigentes y peligrosos. Parafraseando la Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el Mundo Actual del Concilio Ecuménico Vaticano Segundo, en ningún otro tiempo hemos contemplado tanta prosperidad, abundancia y avances tecnológicos en la industria marítima, pero aún así innumerables trabajadores del mar se encuentran en extrema necesidad, puesto que

muchos se enfrentan a nuevas formas de esclavitud en sus condiciones de vida y de trabajo (Cf. *Ibíd.*).

Ante esta situación, no podemos permanecer indiferentes, así como “nuestro corazón no puede estar en paz mientras veamos sufrir a hermanos nuestros por falta de alimento, de trabajo, de vivienda o de otros bienes fundamentales”. Es nuestra obligación, mediante nuestro testimonio, abrir el camino hacia nuevas esperanzas. Para nosotros la esperanza incluye, por supuesto, todas las aspiraciones y la expectativas legítimas humanas, pero va más allá, los reúne a todos a la fuente de toda esperanza, el amor de Dios, que desea compartirlo en Cristo con todos nosotros. Por consiguiente, el objeto de la esperanza cristiana no es sólo la fe en la vida después de la muerte o su contenido escatológico. La esperanza cristiana posee también un gran poder para transformar las realidades de hoy, ya que proyecta sobre nuestra existencia la luz de Cristo resucitado que, lejos de ser alienante, da un significado nuevo a la vida humana y al destino del hombre. Tal y como se afirmaba en un sermón de Cuaresma de este año en “Notre Dame de Paris”: “Nuestras carencias no son un obstáculo para la esperanza”.

Comprendo que nos queda poco tiempo y aún no he hablado acerca del tema fundamental elegido para este Congreso, es decir, la solidaridad y la esperanza a través de la Palabra de Dios, de los Sacramentos y el servicio a nuestros hermanos y hermanas. Trataré dicho aspecto presentando el programa de este Congreso en la segunda parte de mi ponencia.

Parte II

Presentación del programa

El siguiente discurso de apertura de este Congreso será pronunciado por el Sr. David Cockroft, el cual nos ilustrará la situación actual y los desafíos de hoy día en el mundo marítimo. Es una especie de lectura entre líneas de una señal de los tiempos. Debemos conocer el mundo en el que estamos llamados a ejercer nuestro ministerio pastoral, a través de la proclamación de la Palabra, la administración de los Sacramentos y la Diaconía. Somos afortunados al poder contar hoy con alguien de la experiencia del Sr. Cockroft. Se nos invitará también a una reflexión teológica sobre la naturaleza de nuestro Apostolado. El P. John Chalmers, partiendo de la Encíclica del Santo Padre “Deus Caritas Est”, nos ayudará a comprender mejor el papel del A.M. y nuestra vocación a ser testigos del amor, de la esperanza y de la solidaridad entre la gente del mar... Concluiremos este primer día con una presentación en *power point* del “A.M.-Internacional”, sobre el estado del A.M. en el mundo. Dicha presentación se basa en los informes de los Coordinadores Regionales y en las respuestas al cuestionario que les ha sido enviado, el cual ha proporcionado información muy interesante que compartiremos con ustedes.

El lugar de la proclamación de la Palabra de Dios en el A.M.

Nunca ha sido fácil proclamar y testimoniar el Evangelio, sin embargo, hoy día es también responsabilidad, especial y jubilosa, del A.M. predicar la Buena Noticia de Jesucristo en el mundo marítimo. En cuanto a esto, recuerdo sobre todo las palabras inspiradas por el Concilio Ecuménico Vaticano Segundo que exhortan a todos los que están legítima y oficialmente comprometidos con el ministerio de la Palabra, a leer y a estudiar detenidamente las Sagradas Escrituras. Es necesario hacerlo «*para que ninguno de ellos resulte [como dice San Agustín] “predicador vacío y superfluo de la palabra de Dios que no la escucha en su interior”*» (D.V. 25). El ministerio de la

Palabra, que incluye la predicación pastoral, catequética y toda forma de instrucción cristiana se nutre de la Palabra de Dios (Ibíd., 24).

El martes, después de la oración de la mañana, tendremos una reflexión de S.E. Mons. Pierre Molères, que ha sido durante muchos años Obispo Promotor de la “Misión del Mar” en Francia. Hará un discurso sobre el tema “La Esperanza, fuente de inspiración y motor del compromiso del Apostolado del Mar”. A continuación, debido a la importancia de Internet y de la Informática, Mons. Jacques Harel y el Commodore Chris York presentarán el Sitio Web del “A.M. Internacional”, uno de los proyectos recomendados y puestos en práctica después del Congreso de Río. De estas dos intervenciones podrán comprender el difícil diálogo que hemos mantenido sobre esta cuestión, desde el punto de vista del A.M. Internacional y del A.M.-GB, que se había ofrecido para construirlo, como Sitio Web del “A.M. Internacional”.

Posteriormente, Mons. Félix Machado, Subsecretario del Consejo Pontificio para el Diálogo Inter-religioso, hablará sobre nuestro ministerio pastoral que desemboca en el diálogo con otras religiones. Además, en el A.M. contamos con una gran tradición de cooperación ecuménica y colaboración con las otras Iglesias, organizaciones y sindicatos, que son para nosotros compañeros valiosos y de confianza en nuestra asistencia pastoral. Hoy día, nuestro ministerio pastoral para la gente del mar se desarrolla cada vez más en un entorno ecuménico, y nos alegramos de esta creciente sinceridad entre las Iglesias y las Comunidades Eclesiales de todo el mundo. Por la tarde tendremos, por consiguiente, una mesa redonda en la que participará el Rev. Dr. Jürgen Kanz, el Sr. Tom Holmer y el Sr. Andrew Elliot, respectivamente del ICMA, ITF-St e del ICSW.

El resto de la tarde estará dedicada a los talleres, con una amplia gama, para que puedan expresarse las diferentes opiniones y propuestas. Hemos seleccionado 13 temas que consideramos específicamente pertinentes para la comunidad marítima, y que abarcarán nuestras actuales y principales preocupaciones. Les invitamos a que asistan a un taller diferente cada uno de los tres días en los que están programados. Los talleres poseen una doble finalidad, primero la de dar información, y segundo, como ya he mencionado, la finalidad de consultar y recopilar reacciones e información; son un importante instrumento para fomentar la participación de un máximo de personas.

La celebración de los Sacramentos como fuente y “raison d’être” de nuestro cuidado pastoral

El Concilio Ecumenico Vaticano II nos dice que la Santa Eucaristía, es “*fuentes y cima de toda vida cristiana*”. Los demás Sacramentos, como también todos los ministerios eclesiales y las obras del apostolado, están unidos a la Eucaristía y a ella se ordenan. La frecuentación y la recepción de los Sacramentos son centrales en la vida espiritual de los católicos. En nuestro viaje espiritual y apostólico, los Sacramentos son nuestro punto de partida y también nuestra meta, son instrumentos de gracia, y los necesitamos para acercarnos a Cristo y desarrollar nuestra vida cristiana. De ahí, nuestra necesidad de recibir con frecuencia los sacramentos y su obligación de ser extensamente accesible, para todos aquellos a los que va dirigido nuestro cuidado espiritual y pastoral.

Los Sacramentos son también oraciones y el Congreso es un tiempo para rezar, dar gracias, acoger el amor de Jesús y para que “*aprendamos a difundirlo a nuestro alrededor con cada gesto y cada palabra*”. Todas las mañanas tendremos juntos nuestra oración comunitaria, y todos los días nos reuniremos “*como familia de Dios entorno a la mesa de la Palabra y del Pan de vida*”, aunque no se pueda llegar a la

comunión sacramental con todos nuestros hermanos cristianos. Estas celebraciones Eucarísticas serán el corazón de nuestro Congreso y no algo marginal. En su Mensaje para la Cuaresma 2007, el Santo Padre afirma que la contemplación del costado traspasado de Cristo en la Cruz nos llevará a abrir el corazón a los demás

“reconociendo las heridas infligidas a la dignidad del ser humano; y nos llevará, en especial, a luchar contra toda forma de desprecio de la vida y de explotación de la persona, y a aliviar los dramas de la soledad y del abandono de muchas personas”.

El Obispo René Marie Ehouzou, que ha sido capellán del A.M., desarrollará este tema en el contexto del A.M. y propondrá nuevas ideas para nuestra reflexión.

El servicio, “Diakonia”, hacia todos, pero especialmente en favor de los más pobres

La Exhortación Apostólica “Sacramentum Caritatis” insiste en la dimensión social de los Sacramentos, sobre todo el de la Eucaristía: “*«El pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo» (Jn 6,51). Con estas palabras el Señor nos muestra también la íntima compasión que Él tiene por cada persona... Al mismo tiempo, en la Eucaristía Jesús nos hace testigos de la compasión de Dios por cada hermano y hermana*”. La recepción de los Sacramentos puede ser una fuente de justicia y de caridad mayor, y de respeto por la creación de Dios.

Nuestro apostolado en el A.M. es un apostolado de presencia y de servicio. Nuestra vocación es la de encarnar el amor de Cristo especialmente en los que sufren, los enfermos, los marginados y los pobres. A menudo, también estamos llamados a estar al lado de los marinos, en defensa de sus derechos, y al hacer esto, estamos ejerciendo la misión profética de la Iglesia, puesto que para nosotros, el amor de Dios y el amor hacia el prójimo residen en el corazón de la justicia social. Nos alegra el que cada vez un mayor número de diáconos permanentes se comprometan con este ministerio, y creemos que su presencia es una bendición para el A.M. Para poder entender y apreciar mejor su contribución, tendremos una mesa redonda que estará animada por los Diáconos Ricardo Rodríguez, Albert Dacanay y Jean Philippe Rigaud y su esposa Marie-Agnes. Como lectura preparatoria de esta mesa redonda podríamos leer “La vocation diaconale de l’Eglise” publicada por la Secretaría General de la Conferencia Episcopal francesa.

La sesión matutina del jueves estará dedicada al sector pesquero, que tradicionalmente ha sido un sector del apostolado por el que el A.M. ha sentido siempre un particular interés, y que está caracterizado por grandes dificultades y por la pobreza. Somos testigos cada día de la presión que el comercio internacional del pescado ejerce sobre los pescadores y sobre los recursos del mar. En este contexto, damos la bienvenida a la aprobación, el 14 de junio de 2007, de la nueva Convención sobre el trabajo en el sector pesquero de la OIT, que generara oportunidades de trabajo decente y productivo para mujeres y hombres, en condiciones de libertad, igualdad, seguridad y dignidad humana.

Creemos que para establecer una pesca sostenible es esencial escuchar las voces de los hombres y mujeres del sector pesquero de pequeña escala o artesanal. En dicha sesión tendremos una ponencia del P. Bruno Ciceri y otra de la Señora Cristina de Castro. Mientras que el P. Ciceri se concentrará sobre el marco legal internacional, el Comité de Pesca del “A.M. Internacional” – que el Pontificio Consejo ha querido formado por los Coordinadores regionales – y los problemas de la industria pesquera en las economías emergentes, la Señora De Castro nos proporcionará la perspectiva de la esposa de un pescador sobre la sostenibilidad de las comunidades pesqueras en los países desarrollados. Conforme a la enseñanza del Papa Benedicto XVI, es una

prioridad para el A.M. tener en cuenta las necesidades reales de las esposas de los Pescadores y de las asociaciones de mujeres, y apoyar todas las iniciativas pastorales para *“defender, ayudar, tutelar y valorar la familia en su unicidad irrepetible”*.

Por la tarde Mons. Harel presentará el Manual del A.M., que ha sido íntegramente revisado, y que esperamos sea una ayuda útil para capellanes, agentes pastorales y voluntarios. A continuación el Sr. Douglas Stevenson, nos conducirá a través del “Convenio sobre el trabajo marítimo, 2006” cuya adopción ha sido aclamada como un hito histórico, y representará una notable diferencia en las vidas de los 1,2 millones de marinos cuando se ratificará y se ejecutará. El trabajo del Sr. Stevenson como defensor de los derechos de los marinos es bien conocido, pero me gustaría aprovechar esta oportunidad para expresarle mi agradecimiento, así como a la comisión del ICMA en la OIT, por su contribución positiva durante las sesiones marítimas que han llevado a esta nueva convención, y su colaboración fructífera con la Delegación de la Santa Sede en la OIT. Como saben, fue decidido que el ICMA representa al A.M. en las reuniones internacionales de este tipo, para dar en ellas testimonio de unidad entre los cristianos.

Todos somos conscientes del extraordinario crecimiento de la industria de los cruceros y de los nuevos desafíos pastorales que están surgiendo. Por consiguiente, he aquí otro punto de nuestro programa. Muchos A.M. nacionales ya comprometen parte de sus recursos en el sector de los cruceros. En octubre de 2005 el Consejo Pontificio organizó una reunión en Dunkerque para discutir, entre otras cosas, “un nuevo modelo de ministerio pastoral para los cruceros” y la formación necesaria que esto supondría. Oiremos hablar de los nuevos desarrollos en las Capellanías de los Cruceros. Para discutir e introducir estos problemas contamos con la presencia de tres capellanes experimentados, Mons. John Armitage, P. Luca Centurioni y P. Sinclair Oubre.

El jueves, después de la cena, están todos invitados a reunirse por regiones. Éste será un momento delicado, puesto que les pediremos que nombren candidatos para la importante responsabilidad de coordinadores regionales del A.M. Dicho papel es cada vez más necesario, y mucho depende de sus compromisos y generosidades. Como saben el Consejo Pontificio efectuará el nombramiento, pero les pedimos que recomienden tres nombres por región. Los procedimientos para el nombramiento han sido revisados – y se los explicaremos – , para que cada país tenga la oportunidad de expresar su opinión. Este papel supranacional está vinculado a la solicitud por todas las Iglesias que el Santo Padre ha delegado en nuestro Consejo Pontificio. En su apostolado, los Coordinadores reciben parte de la responsabilidad del “A.M. Internacional”, por encima de las fronteras de los Estados y de las Iglesias locales.

El viernes, último día del Congreso, es la fiesta de San Pedro y Pablo, y antes de unirnos a nuestros hermanos y hermanas polacos para la Peregrinación del Mar y la Eucaristía, por la mañana celebraremos nuestra sesión para presentar el Documento final y el mensaje para el mundo marítimo, que este año sustituirá nuestro Mensaje para el Domingo del Mar.

Conclusión

La elección del tema y del programa refleja nuestra convicción que el papel del A.M., fiel a su tradición e identidad, se halla también en el contexto histórico en el que vive y trabaja hoy día la gente del mar. Es en este mundo que estamos llamados a comprometernos, a vivir plenamente el Evangelio, siendo fieles testigos del Cristo resucitado, introduciendo la semilla del amor, de la fe y de la esperanza en una sociedad que se enfrenta a desafíos constantes, y que a menudo, y a pesar de todo, está buscando direcciones y guía. La Iglesia, como comunidad, se dedica a la difusión de

este Evangelio de esperanza en un mundo que ha perdido muchos de sus signos y puntos de referencia. Muchas personas que no conocen a Cristo y sus enseñanzas, son sin embargo sensibles al testimonio de aquellos que comunican su mensaje, sobre todo a través de un testimonio concreto de caridad porque *“el amor es un lenguaje que llega directamente al corazón y lo abre a la confianza”*.

Es mi sincero deseo que salgamos de este Congreso mejor equipados para nuestro ministerio pastoral. Asimismo, es igualmente importante para nosotros conocernos mejor y profundizar nuestra espiritualidad, para mantener así nuestra especificidad y no convertirnos simplemente en otra forma de ayuda social.

Si pudiera, les mostraría en este momento una pintura enigmática realizada en 1881 por Pierre Puvis de Chavannes, que en su momento dejó perplejo al público. Pronto se comprendió, sin embargo, que éste era un trabajo extraordinario, el inicio de una nueva era en la pintura. Se encuentra en el Museo d'Orsay y representa *“El Pescador Pobre”*. ¡Qué hermoso sería si este Congreso pudiera también inaugurar una nueva era para el A.M.!

Mi oración y deseo ferviente es que este Congreso, en el que nos estamos embarcando, sea para nosotros, por encima de todo, una *“formación del corazón”*, para que nos guíe *“hacia ese encuentro con Dios en Cristo, que suscite [nuestro] amor y abra [nuestro] espíritu al otro”* (DCE 31). Al concluir, invoco sobre ustedes la intercesión maternal de Santa María, la *“Stella Maris”*, en cuyas manos ponemos nuestra asamblea, recordando también, al encontrarnos en Polonia, su título de Nuestra Señora de Czestochowa.

¡Nuestra Señora de la Esperanza, ora por nosotros! ¡Estrella luminosa del Mar, guíanos!